

Pública, al extremo de que pudiéramos considerarlo, en España, algo semejante á lo que ha sido entre nosotros el Sr. Limanteur. A la raíz del tratado de paz con los Estados Unidos, el mundo financiero sufrió la aprensión de la absoluta bancarrota de nuestra antigua y noble metrópoli, cuando Villaverde asumió la responsabilidad



de las deudas coloniales, hizo frente á todos gastos de liquidación de la campaña, cubrió el presupuesto ordinario y presentó un sobrante efectivo de más de sesenta millones de pesetas, ese mismo mundo financiero, que presume de tan perspicaz y tan entendido, apenas podía salir de su asombro. Y, sin embargo, Villaverde con sus álientos de patriota y sus aptitudes de estadista, demostró entonces, y siguió demostrando después, que el margen tributario de la riqueza española era mucho más amplio de lo que la opinión europea consideraba.

Estos servicios á su país, su acción siempre severa y siempre lúcida, su intachable honradez y su actividad nunca agotada, hacían de él el hacendista práctico más notable de la política española. Conservador por temperamento, pero celoso de los fueros del Estado, se le tenía, con justicia, por uno de los mayores obstáculos que se oponían á las ambiciones del partido clerical.

España perdió, pues, en Villaverde uno de los más ilustres campeones de su progreso y nosotros uno de los socios de mayor relieve y de mayores entusiasmos con que contábamos. Por eso nos permitimos hoy colocar sobre su tumba esta hoja de laurel, modesto, pero sincero tributo de amigos y compañeros.

TELESFORO GARCÍA.